La paciencia de la araña

La paciencia de la araña

JUAN CARLOS RODRÍGUEZ CENTENO

SAMARCANDA

La paciencia de la araña

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2019, respecto a la primera edición en español, por:

© Juan Carlos Rodríguez Centeno
© Diseño de cubierta: Jesús A. Vicente Guerrero
© Imagen de cubierta: Servicio de Archivo, Hemeroteca y Publicaciones ICAS, Ayuntamiento de Sevilla
© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788417904616
ISBN e-book: 9788417904111

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3 (41001—Sevilla)
www.lantia.com
IMPRESO EN ESPAÑA—PRINTED IN SPAIN

A mi hermano y a mis hermanas.

UNO

Sevilla, inicios de septiembre de 1936.

¿Manolo Bienvenida?. No está mal. Pero nosotros preferimos a Pepe el Algabeño, sobre todo cuando torea de salón, ¿verdad?

Lucrecio abrió la enorme boca y su risa estrepitosa fue seguida por las carcajadas de sus hermanos. Solo pude responder con una sonrisa ignorante.

El automóvil descendía por un camino pedregoso y desigual, que a nuestro paso levantaba un reguero de polvo que se pegaba al paladar. Lucrecio bajaba la ventanilla para escupir, un gesto inútil que provocaba la entrada en aluvión de más polvo en el coche y en nuestros paladares. Al fin, después de algo más de media hora, llegamos frente a unas puertas de hierro forjado y tras ellas emergía, en medio de aquel desierto de albero, un paraíso de palmeras, abedules y sauces. Allí aguardaban el hijo mayor de los Bohórquez, propietarios de la finca, y Julio Mistral, el jefe territorial, cuya camisa azul brillaba impoluta y contrastaba insultantemente con las nuestras, a las que el polvo y el sudor se habían encargado de apagar. Aquel mediodía sevillano caía como una losa de granito sobre nuestros cuerpos, pero al franquear la entrada

del caserón el frescor nos golpeó en los rostros devolviéndonos la conciencia adormecida por el sopor y el camino. Lo primero que llamaba la atención al entrar en el salón era una descomunal cabeza de toro que colgaba de la pared, encima de la chimenea. Sin embargo el gran ajetreo organizado en el centro de la estancia hizo que la gran cabeza astada dejara de ser el punto de atracción. Allí se encontraban Perico Urdazi y Aznar, con los torsos desnudos, enfrentados en una modalidad de lucha libre jaleados por una veintena de jóvenes azules. A Agustín Aznar lo había visto el día anterior en Valladolid, en la reunión de jerarcas que había concluido con la creación de la Junta de Mando Provisional de Falange y la elección de Manuel Hedilla como jefe de la misma.

—Venga, reservad los cojones para los rojos que han llegado los nuevos—gritó Mistral.

Todos vinieron a saludarnos. En realidad el único nuevo era yo. A los hermanos Parras—Félix, Lucrecio y Leonardo—ya los conocían. Después de la bienvenida nos dieron cinco minutos para asearnos y pasar a un cobertizo aparrado habilitado como comedor. A la cabecera de la mesa habían tomado asiento Aznar, como jerarquía superior de los allí presentes, y Julio Mistral, que antes de iniciar el almuerzo ordenó callar a todos. Después Aznar se levantó y con la voz impostada nos arengó:

—Camaradas, nuestro invicto general Franco ya está en Cáceres. En pocos días sus fuerzas tomarán Talavera y de ahí a Madrid camino abierto. En un mes nuestro glorioso Ejército desfilará por la calles de la capital de España por fin liberada del terror marxista y la guerra habrá terminado. Será la hora señalada por la Providencia para que Falange cumpla su misión sagrada de regenerar España, y a la cabeza de tan magna obra deberá situarse nuestro Fundador, el hoy ausente camarada José Antonio. Sin embargo, como sabéis, nuestro jefe se encuentra secuestrado por la hordas rojas en la prisión de Alicante, y vosotros sois los afortunados, los elegidos para devolver el lugar que le corresponde

al líder prócer de nuestra causa. Algunos de los aquí presentes habéis sido seleccionados como fuerza de elite para una misión trascendental, heroica, gloriosa: la de rescatar de las infamantes mazmorras a nuestro ilustre José Antonio y devolverlo sano y salvo a la España verdadera. Los detalles del plan lo explicará esta tarde el camarada Redondo, que ha tenido el honor de trazar la estrategia de la operación. Hasta entonces camaradas, compartamos estas felices horas y brindemos por el éxito de la suprema tarea que nos llenará de gloria. Por supuesto huelga decir que nuestra misión es de altísimo secreto y que exijo la mayor de las reservas y los disimulos pues cualquier indiscreción nos arrojaría al fracaso, palabra que como sabemos no pertenece a nuestro idioma, ni como falangistas ni como españoles.

La comida, el vino y el discurso impregnaron el ambiente de una emotividad exultante, y como siempre sucedía en este tipo de actos, terminamos cantando el Cara al Sol, paso previo a la consiguiente cascada de insultos dedicados a nuestros "oficialmente" hermanos requetés, pero a los que, en realidad, odiábamos tanto o más que a los rojos. El desprecio mutuo que nos profesábamos había alentado la leyenda de que la guerra transcurría tan rápida porque cuando una columna requeté entraba en un pueblo significaba una afrenta tan grande que sólo podía ser superada cuando una columna falangista conquistaba otro pueblo, y lo mismo ocurría en el caso contrario, y así gracias a esta pugna las fuerzas nacionales ya habían ocupado media España. Aunque no faltaba parte de razón, lo cierto es que tanto el Requeté como la Falange no pasábamos de ser milicias auxiliares del Ejército, que era el que llevaba el grueso de las operaciones, y en concreto la celeridad en las conquistas se debía sobre todo a los moros del Ejército de África, bestias terribles de combate. En cuarenta días habían arrasado tantos pueblos que su sola mención provocaba el pánico, sobre todo después de la limpieza de Badajoz.

Concluido el almuerzo volvimos al gran salón de la cabeza astada y por allí nos desparramamos en los sofás y sillones buscando la mejor forma de pasar la sobremesa. Las conversaciones discurrían insustancialmente, algunos presumían de sus andanzas bélicas y otros fingían que las escuchaban. A media tarde llegaron Manolo Bienvenida, Pepe el Algabeño y Manuel Halcón. Los dos primeros venían de torear una corrida patriótica en algún pueblo de la provincia de Cádiz, y verlos juntos provocaba una sonrisa maliciosa; Manolo era pequeño y regordete, caminaba a pasos cortos y rápidos para no perder el ritmo del Algabeño, alto, enorme, fortachón; de zancadas largas y rotundas. Halcón venía de Valladolid enviado por Hedilla, con instrucciones y dinero para la puesta en marcha de la misión. Los toreros nos deleitaron el resto de la tarde con el testimonio de sus verónicas, pases de pecho, portasgayolas y demás filigranas taurinas que escuchamos con verdadero deleite, al menos por mi parte, que era un apasionado de los toros y me parecía un sueño hecho realidad compartir aquella casa con dos figuras de la tauromaquia.

Mientras el grueso del grupo permanecía en el salón principal, Aznar, Redondo y Halcón se habían retirado a una habitación contigua. De vez en cuando las voces encrespadas de los dos primeros atravesaban las paredes. Salieron tras largo tiempo reunidos y vimos el gesto de Aznar gravemente contrariado. Al parecer se había tenido que plegar a las nuevas órdenes de Hedilla. Éste había decidido a última hora que todos los planes fueran supervisados por Felipe Sandoval, una orden que limitaba de forma notable el poder del vehemente Aznar. Cuando comunicaron la nueva, algunos no pudieron ocultar una sonrisa vitriólica y otros masculaaron entre dientes.

Sobre las ocho de la tarde llegó el nuevo jefe. De cuerpo fibroso y con quevedos, lucía un aspecto señorial con su uniforme azul y el cabello peinado hacia atrás con fijador. Cada uno de

sus movimientos evidenciaba la delicadeza y la elegancia propias de su ascendencia aristocrática. Sin embargo, su mirada era de las que paralizaban, de esas que dejaban los pies anclados al suelo. Su presencia inundó la sala de silencio y respeto. Al verle entrar nos levantamos como un resorte y saludamos brazo en alto. Tras la presentación, sin perder más tiempo, ordenó que rodeásemos la mesa central para oír las directrices del plan. Sandoval desplegó unos mapas y comenzó la explicación.

—Camaradas, éste es el plano de Alicante. En la madrugada del día señalado la expedición embarcará en una fragata alemana que anclará en el puerto de Sevilla algunos días antes. De ahí partiréis hacia Alicante. En la travesía os proporcionarán uniformes de la armada nazi, pasaportes y permisos de entrada que ha conseguido el cónsul Von Knobloch. Oficialmente el buque tiene la misión de repatriar a la población civil alemana que ha solicitado abandonar la ciudad, y también recogerá a un grupo de presos políticos españoles que forma parte de un canje acordado entre Madrid y Cáceres. ¿Alguna duda hasta ahora?

Sandoval aprovechó la pausa para beber y encender un cigarrillo. Nos miró a todos y prosiguió.

—Al bajar de la fragata las autoridades del puerto verificarán la documentación y entraréis en la ciudad; el permiso tiene una validez para veinticuatro horas. Como es evidente no podréis seguir vestidos con los uniformes alemanes por Alicante, despertaríais demasiadas atenciones y odios. Cuando salgáis del puerto todos derechitos sin perder un segundo al consulado alemán, y allí os darán ropa de calle y carnés de la CNT en los que aparecéis como estibadores. Sabemos que la policía roja vigila el consulado, pero debido al ajetreo que habrá esos días con los trámites de los salvoconductos será difícil que reparen en vosotros. Además tenemos algo preparado para desviar la atención y que podáis pasar desapercibidos. ¿Todo claro?

Todos asintieron con la cabeza y Sandoval continuó con el plan.

—A partir de entonces os dividís en dos grupos de diez. Uno lo dirigirá Aznar y el otro Redondo. Con el camarada Agustín irán Urdazi, Santaolaya, Huici, Garrido, Grogue, Centeno, Caro, Hermida y Cobo. El grupo de Redondo lo formarán Navarrete, Gómez, Sierra, Checa, Varea, Pechón, Perales, Pineda y Arias. La prisión de Alicante está situada a dos kilómetros de la ciudad, en la carretera de Lorca. Tiene dos entradas: la del sur es la principal y está vigilada por los de UGT. A ésa ni acercarnos. La que nos interesa es la puerta norte que está vigilada por la CNT. El dinero que ha enviado Hedilla se utilizará para comprar al director de la cárcel y a los vigilantes anarquistas; Von Knobloch se ha encargado del asunto y ya está todo pactado. Se hicieron contactos con dirigentes de UGT pero se mostraron reacios, habrá que tener cuidado porque estarán con la mosca detrás de la oreja. La hora crucial son las once de la noche. Durante una hora el turno de vigilancia en el interior de la cárcel lo realizan únicamente los anarquistas, en las veintitrés restantes los turnos son mixtos, esto significa que sólo tendréis una hora para rescatar a José Antonio, atravesar la ciudad y llevarlo al puerto. Una vez dentro de la fragata ya estaréis a salvo y rumbo a Sevilla.

Sandoval hizo una pausa, miró a los camaradas y encendió otro cigarrillo.

—El primer grupo en llegar a la puerta norte será el de Aznar. Redondo llegará con sus hombres también a las once, pero se mantendrá más alejado, será el grupo de reserva y apoyo. Si a las once horas y diez minutos el grupo de Aznar no ha llegado, será Redondo el que se encargue de liberar a José Antonio. Es importantísimo que su vida no corra ningún peligro, así pues, no entraréis en la cárcel en ningún momento. Los vigilantes anarquistas lo sacarán y lo dejarán en la puerta, entonces lo recogéis y rápido para el puerto. Si por cualquier motivo la operación sale mal no

se os ocurra entrar a la fuerza, alguno de la UGT podría acabar con todo por las bravas y meterle cuatro tiros al jefe. Si el asunto sale mal nos replegamos y fuera. Siempre será mejor tener a José Antonio preso en sus manos que muerto en las nuestras...

Sandoval interrumpió la exposición, levantó la cabeza y disparó la pregunta mientras clavaba sus ojos en Agustín.

—Aznar ¿has oído bien esto último?

De todos era conocida la afición de Agustín Aznar por hacer las cosas a su manera, es decir, por cojones. Y todos conocían el odio que ambos jerarcas se guardaban desde muchos años atrás. Durante algunos segundos sus miradas desafiantes se mantuvieron pugnando en el silencio inquietante del salón. Finalmente la gélida mirada de Sandoval triunfó sobre la de su oponente, que agachó los ojos hacia la mesa. Sandoval supo que el combate había finalizado y continuó con el plan.

—A las once y cuarto la Falange clandestina de Alicante explosionará dos bombas. La primera en una sede de Izquierda Republicana al oeste de la ciudad y la segunda en un arsenal situado al este. El caos y la confusión os ayudarán a atravesar la ciudad. A esa hora ya debéis estar con José Antonio camino del puerto. Estimamos que el tiempo de reacción de las autoridades rojas para controlar la situación y decretar las primeras medidas oscilará entre media hora y cuarenta y cinco minutos. Lógicamente cerrarán el puerto y ya nadie podrá acceder a ningún barco ni salir de la ciudad en varios días, excepto los que ya se encuentren embarcados, que están protegidos por las leyes internacionales. El gobernador de Alicante no se atreverá a ordenar el asalto a los barcos alemanes, podría estallar un conflicto diplomático con Berlín, y eso ni a Azaña ni a Giral les conviene en este momento. Por lo tanto tenéis que llegar al puerto antes de las doce menos cuarto. Habrá centenares de personas en el control de documentos intentando pasar pero con vuestros carnés de estibadores tendréis

acceso inmediato. Entre los rumores por los atentados y la policía de aduanas a la caza de algún desgraciado entre la masa nerviosa por embarcar no serán muy escrupulosos en el registro de una veintena de estibadores anarquistas. Además los de aduanas no quieren conflictos con los sindicatos y menos con la CNT, que no son muy amigos de formalismos y burocracias.

—¿Y si llegamos tarde y ya han cerrado el puerto?—preguntó Aznar.

—Al consulado. Allí estaréis a salvo y será fácil una mediación con Madrid. Tener a José Antonio en una sede diplomática es un mal asunto para el Gobierno rojo, las turbas podrían asaltar el consulado y las consecuencias serían imprevisibles. Hitler lo tomaría como una acción de guerra y lo más probable es que ordenase a su armada cañonear las ciudades costeras: Alicante, Valencia, Barcelona... Demasiado riesgo por una persona, aunque sea tan importante como nuestro jefe. Negociarán un intercambio rápido; aquí en Sevilla tenemos preso al hijo de Largo Caballero, y al parecer, por las noticias que llegan de Madrid, Giral está a punto de caer y Azaña no tendrá más remedio que nombrar a Largo presidente del Gobierno. Entonces podríamos forzar el canje...

Sandoval pensó que quizá estaba proporcionando demasiada información y calló de forma abrupta.

—Bueno—retomó la palabra—hasta aquí el plan. En pocos días conoceréis la fecha exacta y algunos detalles más que por ahora no hace falta que sepáis. ¿Todo entendido camaradas?

Nadie contestó, pero esta vez el silencio no fue suficiente para Felipe Sandoval que volvió a gritar.

—¡¿Todo entendido camaradas?!

—¡Sí camarada!—gritamos todos al unísono.

—Sobra decir que aquél que sea indiscreto con todo lo expuesto aquí pagará con su vida.

Sandoval dobló los planos, los introdujo en un maletín y salió de la habitación. Los demás fuimos saliendo en silencio y así estuvimos un rato, rumiando el plan que acabábamos de conocer.

—¡El cabrón de Largo presidente! ¡No me lo puedo creer!—exclamó Lucrecio Parras sentándose a mi lado—. Un socialista dirigiendo el Gobierno de Madrid, ¡es la leche! Toda la culpa la tiene el hijo de puta de Gil Robles, si el carapera los hubiera fusilado a todos en el 34 habría acabado de golpe con esa República de mierda y no estaríamos ahora así. Muchos de nuestros camaradas seguirían con vida. Menos mal que con Largo en el Gobierno la guerra durará poco, es un puto inepto que sólo sirve para arengar a las masas, seguro que hasta la zorra de la Pasionaria lo haría mejor, esa tiene más cojones que todos los socialistas, anarquistas y comunistas juntos.

—No desprecies a Largo—intervino Giménez Arnáu—. No tiene estudios ni preparación militar pero tiene la experiencia del 17 y la del 34, y ésa es la mejor escuela.

—Sí, pero fracasó en las dos—replicó Parras.

—¿Y quién te asegura que no triunfe ahora? Las circunstancias han cambiado, si lo nombran presidente será la primera vez que un obrero gobierne en España y el pueblo lo apoyará hasta el final. Además ¿qué hemos conseguido hasta ahora? Los rojos tienen las principales ciudades, la industria, el oro del Banco de España... Es cierto, nosotros hemos conquistado un tercio de España en poco más de un mes pero, ¿contra quién nos hemos enfrentado?.. Contra campesinos andaluces y extremeños mal armados y peor organizados. La única batalla seria fue en Badajoz y nos costó más de la cuenta tomar una ciudad cercada y sin ayudas...

—Cualquiera que te escuche podría acusarte de derrotismo y ya sabes que eso es un delito—intervino irónico Leonardo Parras.

—¡No me toques los cojones Leonardito! Ojalá ganemos pronto esta guerra, pero quizá somos demasiado optimistas.

Temo que cuando lleguemos a las puertas de Madrid, de Valencia o de Bilbao las cosas no sean tan fáciles. Con un socialista en la presidencia del Gobierno y con la ayuda de los comunistas empezarán a organizarse mejor. Sabemos que unos cuantos oficiales del Ejército de Stalin se están haciendo cargo de la instrucción de las milicias y eso debemos tomarlo muy en serio. Los soviéticos son muy eficientes y si logran formar un Ejército rojo disciplinado, esta guerra puede durar mucho más de lo que creemos.

Abandoné el salón y los dejé con sus discusiones. Ya estaba lo bastante preocupado con la misión como para complicarme la cabeza con más debates. Salí de la casa y paseé durante algún tiempo por la finca, sin rumbo fijo, absorto en mis pensamientos y dejándome hechizar por el olor del campo y los colores del atardecer. El bochorno de unas horas antes había dejado paso a una brisa que convertía el paseo en una delicia. A lo lejos apareció el tentadero, me dirigí a él y al entrar en el ruedo pude distinguir a Aznar sentado en las gradas en compañía de algunos camaradas. Al llegar a ellos cesaron súbitamente la conversación y me saludaron con recelo.

—Vamos a ver. Tú, ¿qué opinas de esto?—me interpeló Aznar.

—¿De qué?

—¡De la misión, coño!

—Yo no opino, hago lo que me dicen.

—¡Hay que joderse!—exclamó irónico—. Pues te lo voy a decir yo: ¡no me gusta nada!

Aznar cambió el tono y esta vez su gesto y su voz eran de honda preocupación.

—Esto tendría que haberse organizado con más discreción; en la expedición somos veinte y ahí en la casa hay más de cien tipos que lo saben todo. Parece una puta fiesta. Además no me fío de los sevillanos, son de boca caliente y mañana toda la ciudad sabrá

que vamos a por José Antonio. Y para rematar la faena ahora se hace cargo de todo la tonadillera ésta...

Todos los acompañantes rieron con estrépito. Bueno, todos menos yo que no entendía muy bien la broma, aunque no tardaría mucho en enterarme.

—No sé, no sé; algo me dice que todo saldrá mal—prosiguió Aznar—. Tendrían que haberme dejado la organización, esto se monta con Urdazi y cuatro más y nadie se hubiera enterado de nada... Además tampoco me fío de Franco ni de Queipo, están siendo muy amables, y ya sabemos que le tienen el mismo cariño a José Antonio que nosotros a Largo Caballero. Me preocupa tan buena disposición cuando sospecho que a ninguno de los dos les hace la menor gracia que el jefe aparezca por Sevilla.

Aznar aludía a un famoso incidente ocurrido algunos años atrás en Madrid. En la puerta de la Ballena Alegre, Queipo y José Antonio se encontraron de forma casual y nuestro líder le propinó unos cuantos golpes al general porque éste había insultado en público a su padre, Miguel Primo de Rivera, que había sido dictador con el permiso de Alfonso XIII. Desde entonces sabíamos que Queipo se la tenía jurada. El problema con Franco no fue tan dramático, pero tampoco se lo perdonó: José Antonio se negó a compartir con él las listas electorales en las elecciones del 36. No le faltaba razón a Aznar para desconfiar de los dos militares.

Poco a poco fueron llegando al tentadero nuevos camaradas y Aznar creyó conveniente cambiar la conversación. Los hermanos Parras se acercaron para decirme que al día siguiente iríamos a Sevilla y me enseñarían la ciudad, una invitación que me llenó de alegría pues eran muchos los testigos que me habían hablado de las maravillas de la capital andaluza. Pero nada comparado con lo que viví en aquellos meses...

DOS

Llegamos a Sevilla sobre las diez de la mañana y, ya a esas horas, el calor abrasaba. El automóvil entró por la avenida de la Palmera, una espaciosa calzada orillada por mansiones majestuosas. Mira ésa, pertenece a los Luca de Tena, dijo Leonardo; y aquélla es del duque de Sevilla, el coronel Borbón, muy amigo de nuestra familia, ya lo conocerás, comentó Lucrecio.

Rodeamos la rotonda de la Puerta de Jerez, en cuyo centro se alzaba una fuente coronada por una bandera falangista, y nos adentramos en la avenida de Queipo de Llano, travesía antes llamada de la Libertad, a la que cambiaron la nomenclatura en la tercera o cuarta semana después del Alzamiento. Al final de la vía se ubicaba el Ayuntamiento, un edificio barroco de planta rectangular enrocado entre la Plaza Nueva y la plaza de San Francisco, donde dejamos el auto aparcado. Entramos en la calle Sierpes, atestada de gentes bulliciosas que paseaban sin prisas. Centenares de hombres uniformados se exhibían orgullosos, y aunque la camisa azul destacaba sobre el resto de los uniformes también abundaban los ropajes de los regulares, de los legionarios y de los requetés. Entre tanto joven aguerrido llamaba la atención la guardia cívica, un pintoresco cuerpo de vigilancia urbana

formado por hombres de edad ataviados con gorrillo cuartelero, mono gris y brazalete verde. El blanco de las enfermeras era el color femenino dominante, si bien no faltaban el añil falangista ni el rojiblanco carlista. En el ambiente se palpaba la euforia, la alegría alimentada por los partes de guerra que anunciaban los éxitos de nuestras fuerzas. La guerra ya no podía durar mucho.

La estrechez de la calle protegía del sol a los viandantes consiguiendo que la temperatura bajase algunos grados, proporcionando un clima más grato para disfrutar en los numerosos veladores que salpicaban la calle Sierpes. Vamos a desayunar al Café de París, propuso Félix Parras. Al vernos llegar, varios hombres de paisano se levantaron y nos ofrecieron su mesa. Esto de ser hijos del gobernador tiene sus recompensas, comentó sonriendo Leonardo, nunca nos faltan los mejores asientos en los mejores locales. Estás de enhorabuena, has encontrado a los anfitriones perfectos, dijo su hermano Lucrecio.

El abundante y pausado desayuno transcurrió con frecuentes interrupciones de personas de todo tipo de edad y condición que se acercaban a saludar a los hermanos Parras. Algunos lo hacían de forma amistosa y sincera, pero no faltaban los que venían a rendir pura pleitesía. Los hermanos disfrutaban con estas muestras de lo que ellos denominaban fervor popular.

—Mira, por ahí viene Pepe—señaló Félix.

La tosca figura del Algabeño se abrió paso entre el gentío. Iba acompañado de un joven azul con bigotillo recortado y pelo engominado. Se acercaron a nuestra mesa.

—¡Viva España, camaradas! Os presento a José Antonio Girón de Velasco, acaba de llegar a Sevilla.

Tras los saludos los dos camaradas tomaron asiento y se unieron al desayuno.

—Pues aquí el amigo, que está deseando ver una de tus corridas—dijo Leonardo señalándome con la cabeza mientras golpeaba suavemente la espalda del Algabeño.

—Pues este domingo tenemos una benéfico—patriótica en Marchena, con Bienvenida y el Niño de la Palma.

—Que no Pepe, que lo que el amigo quiere ver es una faena de salón—replicó Leonardo riéndose.

—¡Ah bueno!.. de ésas. Pronto, muy pronto...

El torero estalló en carcajadas mientras cruzaba miradas cómplices con los hermanos Parras, mientras Girón y yo nos mirábamos circunspectos. Concluido el desayuno, el Algabeño y Girón se despidieron, no sin antes emplazarnos para la noche. Continuamos paseando por la calle Sierpes, un recorrido casi interminable debido a las innumerables ocasiones que nos detuvimos para que los Parras recibieran los saludos de las gentes. Mientras ellos se dejaban adular con complacencia, yo aprovechaba para escrutar los escaparates de los comercios. La guerra los había reconvertido en tiendas de uniformes y pertrechos militares, y todas exhibían junto a los maniquíes militarizados la bandera española, la bicolor por supuesto, y una foto de Queipo de Llano. Me sorprendió no ver ninguna de Franco ni de Mola pero recordé que estábamos en el feudo del Salvador de Andalucía, y era comprensible. Junto a las fotos del héroe se exponían medallas piadosas y estampas policromadas de vírgenes y crucificados. Por fin los Parras pudieron zafarse de su corte y abandonamos la calle Sierpes desembocando en la plaza de la Campana, donde decenas de personas abarrotaban las terrazas de los cafés al cobijo de las sombrillas que protegían de un sol inclemente.

—Atravesar la Campana y el Duque con tanta gente será complicado, vamos a callejear o llegaremos tarde—dijo Leonardo.

—Sí, y Mistral nos dará aceite de ricino por indisciplinados—respondió con mofa Lucrecio.

Las estrechas calles que rodeaban la plaza de la Campana nos condujeron a la entrada de la sede de Falange. Antes del 18 de julio el caserón de dos plantas lo ocupaba la Cámara Agrícola, pero cambió de inquilino por su cercanía con la División Militar,

desde la que Queipo dirigía la guerra en Andalucía. Al general le gustaba tener cerca a los jefes locales, sabía la importancia que el partido había logrado con la afiliación masiva y no podía permitir un ejército paralelo y descontrolado. De todas formas tuvo suerte Queipo con los jerarcas, y no sólo con ellos, la suerte lo acompañó siempre desde el mismo momento del Alzamiento. Los conspiradores no contaban con él, tenía fama de republicano a ultranza y era un militar desprestigiado; borracho, gorrón o corrupto eran los calificativos más benévolos que le dedicaban. Habría que haber visto la cara de Mola cuando Queipo, enterado de la trama, se presentó en Pamplona para colaborar en el golpe. Y habría que haber visto la cara que pondría Queipo cuando días antes del levantamiento se entera que su misión consiste en sublevar Sevilla. ¡Dios mío! Sevilla la roja, la de Pepe Díaz, Barneto y Delicado, pero si eso es imposible, me mandan a la muerte estos cabrones, pensaría el general. Y tuvo suerte cuando el día 17, estando en Huelva, el gobernador civil ordenó su detención pero el muy inocente tragó el anzuelo, le prometió que se dirigía a Sevilla con la intención de asegurar la plaza para la República y lo dejó marchar. Y tuvo suerte cuando en las primeras horas de la tarde del 18 irrumpió en la División y el general Villa—Abrille le cedió el mando sin resistencia. Y tuvo suerte cuando en pleno asedio al Gobierno Civil el gobernador Varela Rendueles telefoneó a Tablada y ordenó bombardear a los rebeldes, pero el capitán del aeródromo se negó. Y así el denostado Queipo se convirtió en el héroe libertador. Desde su despacho podría telefonear a Mola y decirle: me pediste Sevilla, pues ahí la tienes. Si no fuera por mí la sublevación habría fracasado y ahora estarías en Francia o en la cárcel. Si no fuera por mí Franco aún estaría en Tetuán cazando moscas. Y tuvo suerte Queipo con los jefes locales de Falange, porque ninguno tenía la suficiente personalidad para hacer sombra al heroico general. La Falange de Sevilla

estaba en manos de dos antiguos toreros, Mistral y el Algabeño. Sonreí al pensar que formábamos parte de una ganadería en la que Queipo era el gran mayoral y nosotros una gran camada de mansos erales azules.

—Este edificio se ha quedado pequeño y Queipo nos ha prometido un pabellón en el parque de María Luisa para finales de mes—dijo Lucrecio al entrar en la sede falangista.

Un frescor agradable nos recibió en el zaguán. Según me contaron el efecto estaba provocado por los azulejos que recubrían las paredes, que actúan como termostatos naturales, así en invierno mantienen las casas calientes y frescas en verano. Subimos al segundo piso donde se ubicaba el despacho del jefe Julio Mistral. Los escoltas de la puerta nos anunciaron y pasamos a una espaciosa habitación presidida por una pesada mesa de madera maciza. En las paredes colgaban los cuadros de José Antonio y Mussolini. Más de una veintena de camaradas aguardaban nuestra presencia.

—¡Llegáis tarde joder!—bramó Mistral.

—Las calles están a rebosar y es difícil caminar...—trató de disculparse Félix.

—Siempre la misma excusa, a ver cuándo inventamos otra...—respondió Mistral con un mohín desagradable.

—Éste es el camarada de Zamora que llegó ayer—dijo Leonardo mientras me echaba el brazo por el hombro, y a continuación empezó a presentarme a la plana mayor del partido en Sevilla, allí presente.

—Nuestro jefe territorial Mistral; el secretario provincial Molina; Damero, de la Secretaría Política; Mergelina, de los técnicos; Losantos, de propaganda; Cazorla, de la motorizada; Carmona, jefe local; Juan Tomás, de los flechas; Ignacio Cañal, jefe de milicias; Caldas, del SEU. Y éstos—dijo señalando hacia un sofá—son los jefes de distrito: camaradas Ollero, McLean, Azancot y Pardo. Faltan algunos pero ya los irás conociendo.

A medida que Leonardo los iba nombrando éstos se levantaban y me saludaban a la romana, y yo les contestaba con la misma rigidez. Además de los falanges locales también se encontraban en el despacho Aznar y su inseparable Urdazi.

—Bueno, vamos al grano—dijo Mistral—. Tenemos dos asuntos importantes. Ayer hablé con Queipo y está muy preocupado. Cree que son muchos, demasiados, los rojos que han entrado en Falange para limpiar el pasado y huir de las tapias. Teme que estén trabajando desde dentro para salvar a sus familiares. Además si esto es cierto, y yo creo que sí, lo más probable es que también pasen información al enemigo. Así que hemos resuelto lo siguiente: cada uno en vuestra sección y distrito nombraréis a un hombre de absoluta confianza que se encargará de investigar a todos aquellos que se nos unieron después del 18 de julio. Si el fulano en cuestión tiene algún familiar preso o tiene antecedentes políticos en algún partido o sindicato rojo le dais a elegir dos opciones: el cementerio o el frente. ¿De acuerdo?

Todos asintieron con la callada.

—¿Cuál es el otro asunto?—preguntó Félix Parras.

—Jodido, camarada, muy jodido. Si es cierto, jodidísimo. Corren por ahí rumores de que un cameraman, francés o inglés, pudo filmar lo de la plaza de toros de Badajoz—dijo Mistral preocupado.

—Yo creía que lo de Badajoz era una patraña de la propaganda roja—comentó Lucrecio.

—Pues es cierto y bien cierto—esta vez habló Aznar—. Y además ¿qué podía hacer Yagüe? ¿Seguir hacia Madrid y dejar a cuatro mil presos rojos en la ciudad? No tuvo más remedio, no había sitio en las cárceles para tantos. Además en la plaza no creo que cayeran más de dos mil. ¡Esto es una guerra coño, y se mata y se muere!

—De acuerdo, pero esa no es la discusión—prosiguió Mistral—. El asunto es que si lo del cameraman es cierto nos puede traer muchas complicaciones...

—Dentro de diez días—interrumpió Aznar—se va a celebrar en Londres una importante reunión internacional con representantes de Francia, Alemania, Italia, de los soviéticos y algunos más. Los ingleses no quieren que nuestra guerra se extienda a Europa, así que van a proponer aislar el conflicto y que ningún país envíe armas, ni a los rojos ni a nosotros. Si la propuesta sale adelante los franceses cerrarán la frontera y la principal vía de suministro de la República se irá al carajo. Pero si durante las reuniones apareciese esa maldita película de Badajoz, los del Frente Popular francés no se unirán al acuerdo; argumentarían lo de siempre, la brutalidad fascista, el exterminio de la población civil y blablabla...

—Pero lo de Badajoz ocurrió hace más de quince días. Sabrá Dios dónde estará ya el tipo ése—comentó Molina.

—A veces el camino más largo resulta el más corto. Lo lógico es que el fulano huyese a Portugal, y en Lisboa, o en Oporto, se metiese en un avión o en un barco hacia Inglaterra. Sin embargo desde julio la policía de Salazar lleva un control extremo de los puertos y aeródromos. Es difícil que alguien salga o entre en el país sin ser identificado. La otra opción es más factible: el cabrón tendrá el carné de periodista, y desde que se inició el jaleo hay decenas de gacetilleros extranjeros cubriendo la guerra; en vanguardia los controlamos pero pueden moverse libremente por la retaguardia. Creemos que el tipo se dirige a Gibraltar—expuso Mistral.

—Pero ya habrá llegado, ha tenido tiempo suficiente... habrá escapado—comentó malhumorado Canales.

—No creas camarada—intervino Aznar—. Tenemos una buena baza. Londres ha reducido al mínimo las comunicaciones con Gibraltar, no hay vuelos y sólo parte un ferry a la semana hacia Southampton. La semana pasada se canceló por los rifirra-

fes en el estrecho entre la armada roja y nuestros aviones. El barco de esta semana sale dentro de tres días y me apuesto el imperio a que ese hijoputa intentará subirse. Sabemos por nuestros agentes en el Peñón que todavía no ha atravesado la frontera, esperará escondido hasta el último momento y, ¿cuál es el mejor lugar para no llamar la atención?.. Pues una ciudad grande, así que el tipo debe estar en Cádiz o en Sevilla. Las falanges gaditanas ya están avisadas y llevan algunos días peinando los hoteles, hostales, pensiones y demás. Aquí la policía está haciendo lo mismo.

—Canales, avisa a tus periodistas y que metan las orejas entre los reporteros extranjeros. Es imposible que el cabronazo pueda escapar solo, necesitará ayuda y seguro que recibe el apoyo de algunos colegas—dijo Mistral.

—¡Hijos de puta! ¡Plumillas de mierda! Son todos unos rojos disfrazados, tendríamos que fusilarlos...—gritó airado González de Caldas.

—Si fuera por mí, mañana mismo los metería a todos en un avión y ¡hala! cada mochuelo a su olivo, pero no tenemos más cojones que aguantarlos—respondió Aznar.

—Esto es todo de momento—dijo Mistral levantándose de su asiento—, avisad a los chicos de los distritos, si oyen a alguien hablar con acento francés o inglés que den parte inmediatamente. Dudo mucho que el fulano ponga un pie en la calle pero por si acaso...

Mistral se cuadró y alzó el brazo al grito de ¡Viva España! al tiempo que todos nos pusimos de pie y respondimos. El edificio de Falange estaba muy cerca de la céntrica plaza del Duque, donde se alzaba el impresionante palacio de los Sánchez Dalp, y alrededor de la plaza abundaban los bares con veladores. Allí nuestro grupo se dispersó.

—Vamos a tomar el aperitivo al Sport—propuso Leonardo.

—Sí, y así conocerás a los chicos del Aeroclub—dijo Lucrecio.

Cruzamos la plaza y entramos en la angosta y enladrillada calle O`donnell. Como era costumbre cuando llegaba el calor, los comerciantes habían sufragado la colocación de unos parasoles que colgaban entre las azoteas de los edificios y dejaban la vía en sombras, con esto se aliviaba el bochorno y hacía más liviano el paseo. El Sport era un american bar muy moderno y llamativo, su especialidad eran los cócteles multicolores con nombres de ciudades míticas: New York, Bombay, Sarajevo... Era el local favorito de los chicos del Aeroclub, un selecto grupo integrado por los apellidos de las más ilustres familias de la aristocracia y la alta burguesía sevillanas. La mayoría llevaba el uniforme de la aviación y los menos vestían de paisano luciendo impecables ternos.

—Gaby, cuéntale al amigo la historia de los obuses especiales—comentó Leonardo riendo.

—Otra vez, coño, si lo sabe ya to Dios... Cuéntalo tú Josémari—respondió el mayor de los Tassara.

—Está bien—tomó la palabra el segundo vástago de los Osborne—. A principios de agosto, cuando la columna Castejón salió a pacificar los pueblos de alrededor, apenas contábamos con aviones militares y los pocos que teníamos los estaba utilizando Franco para traer a los moros desde África—hizo una pausa y le dio un trago a su copa—. Pues bien, Queipo ordenó que apoyásemos a la columna con nuestras avionetas. ¡Tócate los cojones! unos avioncitos casi de papel done no podíamos poner ni una ametralladora en la cabina, no había espacio, ¡si apenas cabía el piloto!.. Pero bueno el general es así, se empeñó y todos a tragar. Así que cargábamos las avionetas con algunas bombas de mano y las dejábamos caer sobre las barricadas que los milicianos habían montado en las carreteras. Lo peor fue que a los pocos días se acabaron las bombas y el suministro no llegaba, ¿sabes qué hicimos?..

Osborne dejó la pregunta en el aire unos segundos mientras buscaba la mirada cómplice de sus compañeros.

—¡Los bombardeamos con sandías!—y acto seguido rompió en carcajadas que fueron seguidas por todos—. Como lo oyes... tenías que ver como corrían los mariconazos cuando la sandía estallaba en el suelo y lo salpicaba todo de rojo, ¡parecían bombas de verdad coño! Si hasta hacían más ruido que las auténticas...

En el Sport entró un joven falangista a toda carrera buscando a los hermanos Parras. Casi sin aliento, el camarada balbuceó: vengo... ahah, de parte de... ah, del jefe Mistral... ahah,—el chico bebió un poco de agua que le alcanzó Leonardo—. Está en la División, ya es oficial... ahah, las tropas de Yagüe han entrado en Talavera, ahah, esta noche lo anunciará el general por la radio. La buena nueva fue acogida por todos con entusiasmo, con sonoros vivas a Yagüe, a Franco, a Queipo, a España, a Falange, a la aviación, a la Virgen de la Macarena y a todo el que se puso por delante. Las copas se llenaron y se brindó una y otra vez.

La conquista de Talavera decantaba la guerra hacia el bando nacional. La localidad toledana era un importantísimo enclave estratégico; su configuración orográfica la convertía en un baluarte de difícil acceso. El mando militar republicano, consciente de ello, había concentrado sus defensas alrededor del pueblo donde esperaba detener la victoriosa marcha del Ejército de África. Las previsiones señalaban que la batalla sería larga y encarnizada; sin embargo un hecho inesperado jugó a favor de los atacantes: los civiles que huían hacia Madrid procedentes de Andalucía y Extremadura contaban relatos espeluznantes de los crímenes, las mutilaciones y el ensañamiento que los moros y los legionarios perpetraban en los pueblos conquistados. El miedo cundió en las trincheras republicanas y cuando las avanzadillas de Yagüe asomaron por la carretera se produjo la desbandada. Fácilmente, sin pegar un solo tiro, las tropas avanzaron. En los arrabales de Talavera, un grupo de oficiales republicanos consiguió recomponer una línea defensiva que sólo sirvió para ganar unas horas y dar tiempo

a que la población civil pudiera escapar. A media mañana caía el pueblo, y esto significaba tener las llaves de Madrid. Aunque todavía distaban unos 75 kilómetros hasta la capital, la abierta meseta castellana era un terreno idóneo para las experimentadas fuerzas africanas, acostumbradas a batallar en amplias llanuras desérticas. Además, la lógica militar indicaba que Madrid era una ciudad indefendible. No era de extrañar que en el ánimo de todos se impusiera la sensación de que Talavera era el principio del fin de la guerra. La noticia se había extendido y la algarabía explotaba. En la calle Tetuán comenzaron las batallas de himnos: unos falangistas desde una mesa chillaban el Cara al sol, mientras en el bar de enfrente unos requetés respondían voceando el Oriamendi, y entrambos los de la Legión aullaban lo audaces y leales que eran los leales legionarios. En previsión de altercados la policía militar, que patrullaba continuamente por las concurridas calles del centro, tomó posiciones, pero por esta vez el enfrentamiento no pasó de los cánticos.

—Para el almuerzo podríamos ir al Delicias, que es el más fresquito del centro—propuso Lucrecio.

—De acuerdo, pero invito yo, por la victoria de Talavera—dijo Aznar que en ese momento entraba con Mistral y Urdazi en el Sport y había cogido la frase al vuelo.

Tras apurar las copas nos despedimos de los chicos del Aeroclub y continuamos por Tetuán. Al pasar por la cervecería Española vimos a Felipe Sandoval compartiendo mesa y animada tertulia con Damero de la Torre y otro joven falangista de figura apolínea. Después del saludo de cortesía y cuando ya nos habíamos alejado unos metros, Aznar no pudo reprimir el comentario: vaya con la tonadillera ¡qué rápido ha encontrado amiguitos!

El Delicias se ubicaba en un pasadizo que comunicaba la calle Tetuán con la calle Sierpes. Pegado a un muro, justo al lado del restaurante, llamaba la atención de los viandantes un precioso

anuncio hecho con azulejos que mostraba a unas ociosas jovencitas a bordo de un Studebaker. Al vernos entrar, los camareros se desvivieron en atenciones y el dueño no tardó en aparecer.

—Buenas tardes, don Julio y la compaña, ¡cuánto honor para esta humilde casa! ¡Niño!—gritó a un camarero—, trae unas copas de Tío Pepe y unas aceitunas. ¿Dejarán ustedes que les invite a la primera copita, verdad señores?—concluyó con una sonrisa angelical.

—Siempre tan amable don Pedro...—dijo Mistral—. Si Chicote abriese casa en Sevilla tendría en usted un serio rival.

—No me abrume don Julio...—respondió con falsa modestia.

—Hoy tiene que ser algo especial, estamos de celebración, a ver qué nos recomiendas.

—¿Y qué se celebra, don Julio?

—Escucha esta noche al general en la radio y te enterarás.

—¡Uy! calle, calle, si no me lo pierdo ninguna noche. ¡Qué grande la Providencia al mandarnos a tan alta personalidad!..—dijo mirando al techo como el que se encomienda a un santo—. Bueno vamos a lo nuestro que tendrán ustedes hambre. Que tal si empezamos por unos langostinitos de Sanlúcar, un jamoncito de Huelva, auténtico ¿eh? que en mi casa no entran sucedáneos, y unas almejitas que me han traído esta mañana fresquitas, fresquitas. Todo esto mojadito con manzanilla o fino, como Dios manda, y como ustedes deseen. Luego podemos seguir con unos chuletones de ternera o de buey, carne de primera, cosita fina, fina... o si prefieren un pescadito, una lubinita o un lenguadito... Bueno, yo les dejo que lo piensen y ahora les tomo nota. ¡Niño! llena las copas y que a esta mesa no le falte de na.

El almuerzo transcurrió plácidamente entre los comentarios por lo de Talavera, el próximo desenlace de la guerra y los recuerdos que cada uno aportaba de los primeros días del Movimiento. Sólo Aznar se mantenía reservado y no comulgaba con la euforia general. Mistral advirtió sus cuitas.

—¿Qué pasa, Agustín? Te conozco lo suficiente para saber que algo te preocupa.

—No, nada—respondió con desidia.

—Vamos hombre, que estamos en confianza—insistió Mistral.

Aznar miró a su alrededor, bajó la cabeza y habló con voz tenue.

—Me preocupa lo de Alicante.

Hizo una pausa y bebió. Dejó pasar unos segundos en silencio mientras miraba la copa que movía levemente en su mano y luego prosiguió.

—Esta misión es vital. Si no liberamos a José Antonio perderemos la Falange. Sólo él puede reconducir la situación.

El gesto de Aznar se endureció.

—Vamos a la deriva, sin nadie que pueda agarrar el timón. Y encima lo de Madrid... No sabemos muy bien qué puede haber ocurrido tras el asalto a la cárcel Modelo. Las noticias que han llegado son horribles, de la Junta Política sabemos con certeza que han matado a Ruiz de Alda y a Salazar, y los demás es probable que hayan caído también. Puede que alguno consiguiese escapar en el tumulto... También sabemos que han asesinado al secretario y al hermano de José Antonio, además de algunos políticos de otros partidos como Albiñana y hasta el pobre Melquíades Álvarez. Al parecer ha sido una carnicería.

—Hijos de puta, ya pasaremos la minuta cuando entremos, ya—respondió Félix Parras.

—Sí, y puede que sea muy pronto, de ahí la importancia de rescatar a José Antonio cuánto antes. Cuando caiga Madrid pueden ocurrir dos cosas: que Azaña y Giral lo utilicen para negociar la rendición, o que los milicianos de Alicante lo fusilen antes de salir en estampida. Por ahora la vida de José Antonio no corre peligro, ellos saben que nuestra aviación no bombardeará la ciudad mientras continúe con vida. Pero es imposible saber qué

pasará cuando entremos en Madrid. El caos y el miedo se apoderarán de la retaguardia roja y entonces... cualquiera sabe.

Volvió a beber y quedamos en silencio. Tras unos segundos Aznar prosiguió.

—Sólo él puede poner orden en el partido. Desde el 18 de julio miles de hombres se han afiliado en avalancha y hay de todo: cedistas, albiñanistas, alfonsinos... Y Queipo tiene razón, un montón de rojos que buscan el salvavidas de la camisa azul. Ni en los mejores sueños pudimos imaginar que tendríamos tantos hombres en nuestras filas, pero, ¿cuántos son realmente falangistas?

Aznar se mesaba el cabello y negaba levemente con la cabeza mientras todos guardábamos silencio.

—Y por si esto fuera poco, Onésimo muerto y Sánchez Mazas preso en Barcelona, ¡Dios mío somos un gigante sin cabeza!—susurró Aznar desesperado.

—¿No confías en Hedilla?—preguntó Mistral.

Aznar sonrió.

—¡Venga Julio no me jodas! Tú sabes tan bien como yo que es un pobre hombre, muy trabajador y honrado, eso sí, pero la jefatura le viene muy, muy grande.

—¿Y por qué lo habéis elegido?—preguntó Leonardo.

—Pues por eso mismo, es tan gris que no se atreverá a hacer ni deshacer hasta que vuelva José Antonio. Franco, Queipo y Mola lo verán como un dócil escudero y entonces dejarán en paz a Falange. Si me hubieran elegido a mí, o a Andrés Redondo, dirían que somos un peligro y entrarían a controlar el partido. Los militares sólo quieren ganar la guerra y no van a dejar que la política les incordie. Además Hedilla es un obrero y eso nos viene de perlas para atraer militantes y hacer callar a los imbéciles que dicen que en la Falange se nos llena la boca con lo de la revolución, pero luego está dirigida por marqueses y señoritos.

—Los requetés nos llaman FAIlange, jaja—comentó Lucrecio.

—Se hace tarde, nos esperan en la División—zanjó la conversación Mistral.

Don Pedro nos acompañó hasta la puerta despidiéndonos con mil reverencias. En la calle el calor de la media tarde no hacía mella en la afluencia de un público despreocupado que contemplaba los escaparates o tomaba un refrigerio en los veladores. Si no fuera porque la gran mayoría vestía con uniformes nadie podría asegurar que aquello era una ciudad en guerra.

El edificio de la División se hallaba en una plaza cercana, llamada de la Gavidia, y era un palacete del siglo XIX. La entrada estaba protegida por unas rejas rematadas en punta y por ellas crecían las enredaderas con tal frondosidad que apenas dejaban ver la fachada. En la puerta del jardín varios soldados controlaban el acceso de unas decenas de personas que esperaban turno para solicitar audiencia con el general. Allí coincidimos con el Algabeño y Girón, y todos juntos subimos al despacho de Queipo. Era la primera vez que lo veía en persona aunque lo conocía suficientemente por los periódicos, ¡quién no conocía a Queipo! A esas alturas de la guerra la figura del general era más relevante que la del propio Franco, de Mola o del mismísimo Cabanellas, por entonces jefe de la Junta de Defensa Nacional. Su actuación el 18 de julio en Sevilla y en los dificilísimos primeros días del Movimiento, cuando todo parecía perdido tras el fracaso de Madrid, de Barcelona, de Valencia y de Bilbao, eliminó de golpe su pésima reputación y lo elevó a la categoría de héroe. Sus arengas desde Unión Radio de Sevilla sirvieron para que muchos militares comprometidos, que en la noche del 19 preparaban las maletas para marchar al exilio, se decidieran a seguir adelante.

Queipo era muy alto, anchote y exhibía unos mostachones que rozaban el absurdo. Caminaba con grandes zancadas y su cuerpo se zarandeaba a un lado y a otro a cada paso que daba. Cuando andaba parecía una barcaza en medio de la galerna y cuando se